

CAPITULO XVII.

[1541.]

Alvarado practica un reconocimiento de la posición del enemigo.—Ataca á éste y es rechazado con pérdida de veinte españoles.—Segundo ataque de Alvarado sobre los rebeldes.—Muerte del capitán Falcon.—Derrota y retirada de Alvarado.—Incidente que produjo su muerte.—Lo llevan casi moribundo á Guadalupe.—Sale el Br. Estrada á ministrarle los auxilios de la religión.

Tenemos ya á D. Pedro de Alvarado frente al Peñol de Nochistlan y á Oñate observando desde una altura inmediata, sin ser visto por los combatientes.

El Peñol, como se ha visto antes al hablar de la derrota que allí sufrió Miguel de Ibarra, estaba fortificado hasta la cima, circundándolo siete trincheras de piedra, bastante gruesas y convenientemente repartidas, de modo que si llegaba el caso de perder la primera, los defensores podían replegarse á la segunda y así sucesivamente á la última, que era la que coronaba la parte más alta del cerro.

Más de 10,000 indios de combate, sin contar las mujeres y los niños defendían el Peñol, armados de flechas, hondas, dardos y macanas.

Después de hacer Alvarado un breve reconocimiento de la posición del enemigo, mandó desmontar su tropa, y pié á tierra y con espada en mano se lanzó personalmente al ataque; los indios resistieron con vigor y pelearon con tanto denuedo, que al fin pudieron rechazar á los de Alvarado, haciéndoles veinte muertos. Fué tal la lluvia de flechas y piedras que los de Nochistlán dispararon contra los españoles, que á no haberse retirado éstos, dice el P. Frejes, hubieran quedado cubiertos con tanto proyectil, pues en este encuentro hicieron uso de casi toda las piedras de la primera albarrada, sin que los asaltantes pudieran contener el em-

puje de los indios, ni con el mortífero fuego de los pedreros y arcabuces, ni con todo el arrojo y la constancia de que personalmente daba ejemplo el Adelantado.

A pesar del mal éxito del primer asalto, consiguió Alvarado volver á organizar su gente y atacar de nuevo el Peñol; pero en esta vez los indios pelearon con más entusiasmo y arrojo, logrando, no solo rechazar á los españoles, sino también envolverlos en la retirada, poniéndoles diez soldados más fuera de combate.

Aunque Alvarado procuró alejarse del enemigo antes de sufrir una derrota completa, vióse al fin rodeado por un gran número de combatientes que habían descendido del cerro á cortarle la retirada, aprovechando para ésto el reñido combate que los demás indios sostenían al pié del Peñol.

En medio de aquel compacto círculo de feroces enemigos, no quedaba á Alvarado otro recurso que abrirse paso por medio de un esfuerzo desesperado y escapar él y los suyos de una muerte ignominiosa y cierta.

Hízolo así el atrevido capitán, y aunque con mucho trabajo, consiguió ponerse fuera de aquella multitud ávida de venganza y de pillaje, pues al ver huir á los españoles, hasta las mujeres se mezclaban en el tumulto, impulsadas por el deseo de recojer algo de los objetos que los fugitivos abandonaban en el campo.

El terreno aunque llano, estaba accidentado y fangoso á causa de las abundantes lluvias, así como de los magüeyes y nopales que lo poblaban, y por lo mismo, ofrecía muchos y serios obstáculos para que la caballería pudiese maniobrar con prontitud y provecho. Sin embargo, los españoles perseguidos tenazmente y de cerca por el ejército vencedor, pudieron alejarse poco á poco, no sin que Alvarado mismo y varios de sus compañeros se vieran obligados á pelear á pié para proteger la retirada de los demás. Durante el alcance murió otro español llamado Juan de Cárdenas, á quien en vano quisieron salvar algunos camaradas, porque habiéndose hundido hasta las rodillas en un pantano, le fué imposible escapar y fué muerto allí por los indios.

Refiere D. Carlos M. Bustamante que la segunda vez que Alvarado atacó á los de Nochistlán, hizo que un hijo del difunto rey *Caltzontzin* diera un asalto con 5,000 indios michoacanos y 100 infantes españoles, pero que notando los

sublevados que los asaltantes no iban protegidos por la caballería, arremetieron fuertemente contra ellos, poniéndolos en precipitada fuga y dando muerte al capitán D. Pedro Falcon, que era quien mandaba á los auxiliares michoacanos.¹

No está enteramente comprobado que el referido capitán Falcon hubiera concurrido al combate de que se habla, pues otros historiadores no dicen nada de esto ó ponen en duda el hecho mencionado, sin embargo de que en un gerglífico relativo á este encuentro, se hace aparecer al referido Falcon representado por una ave de rapiña de las que llamamos halcones, sin duda para recordar por este ingenioso medio el nombre de dicho capitán.

Los indios de Nochistlán, después de haber puesto en fuga á los españoles, los siguieron hasta una distancia de tres leguas rumbo á Guadalajara, procurando siempre envolverlos ó arrojarlos al lado de la sierra, para poder batirlos con más ventaja ó para nulificar así las maniobras de la caballería; pero como D. Pedro había mandado desmontar la mayor parte de sus soldados con el objeto de hacer más fácil la defensa durante la retirada, los perseguidores no pudieron realizar su propósito; y ya sea porque se sintieron bastante fatigados con algunas horas de continua y agitada lucha, ó porque consideraron inútil seguir el alcance contra los españoles, cesaron de atacar á éstos y comenzaban á retirarse á Nochistlán, cuando ocurrió un incidente que puso el más desastroso fin á esta temeraria y sangrienta campaña.

Había llegado el resto de los españoles á un punto que después llevó el nombre de las *Huertas*, á tres leguas de Nochistlán, en cuyo punto tenían que subir una cuesta bastante elevada y estrecha y tan llena de relices y peñascos, que á veces era preciso que los soldados se ayudaran con sus propias manos para ascender ó para seguir tan fragoso camino.

Muy fatigados iban ya los españoles y mucho más los caballos, que tanto habían trabajado en el lodo, las malezas y los pedregales del terreno, y aunque los indios no continuaron el alcance, no por eso dejaban de temer una nueva embestida, que hubiera sido de funestos resultados en aquellas circunstancias difíciles y peligrosas para los pocos que habían logrado escapar en los encuentros anteriores

¹ Suplemento á la conquista de Hernán Cortés.

D. Pedro de Alvarado caminaba á pié y á retaguardia. Delante de él seguía en un caballo cansado, Baltazar de Montoya, amanuense del mismo capitán y que poco después fué escribano del Cabildo de Guadalajara; Montoya, creyendo que los indios continuaban el alcance y temiendo quedarse atrás y perecer en manos de aquellos salvajes, aguijoneaba fuertemente el caballo para hacerlo andar aprisa y ganar terreno. Alvarado, seguro de que ya no había que esperar en aquellos momentos un nuevo ataque, y viendo la fatiga de Montoya y el temor de que iba sobrecojido, procuraba tranquilizarle, asegurándole que nadie los seguía ya; pero el amedrentado Montoya no atendía á las observaciones de su jefe, y antes bien se esforzaba más en apresurar su cabalgadura hasta que al fin dió lugar á que ésta resbalara y cayera, arrebataando en la caída á D. Pedro de Alvarado, á quien dió un fuerte golpe en el pecho, haciéndole rodar hácia el bajo de la cuesta.

Inmediatamente acudieron á socorrerle sus soldados. El terrible golpe le dejó inmóvil ó casi muerto, causándole una hemorragia que le hacía arrojar bastante sangre por la boca y la nariz, pero cuando por medio de los esfuerzos que se hicieron para contener dicha hemorragia, se pudo conseguir que volviera al uso de los sentidos, dijo con voz débil y pausada: "Esto merece quien trae tales hombres como Montoya."

Como Alvarado se quejaba fuertemente del dolor de la caída, preguntóle D. Luis de Castilla, qué era lo que le dolía: "El alma, dijo el desventurado y afligido conquistador, llevadme á donde la cure con el bálsamo de la penitencia. Lo sucedido ya no tiene remedio."

El P. Frejes, refiere que poco después de haber vuelto del letargo, mandó que uno de sus soldados se vistiera su casaca y empuñara su bastón para imponer respeto á los indios, que aunque en reducidos grupos, intentaban todavía seguir dando alcance á los españoles.

Este inesperado suceso tuvo lugar el día 24 de Junio de 1541.

Un poco repuesto el Adelantado, se le registró cuidadosamente, encontrándosele fracturado el pecho, por lo que todos se sintieron muy consternados, juzgando mortal el caso é irreparable la pérdida de su capitán; de manera que sin

inmediatamente se improvisó una camilla ó pavéz en que se le condujo con las precauciones necesarias, llevándolo á Atenguillo, pueblo distante cuatro leguas del lugar del suceso referido.

Entre tanto el gobernador Oñate, que había estado presenciando el encuentro de Alvarado con los indios del Peñol y que vió el lamentable desenlace de aquella jornada, no se apresuró á dar oportuno socorro al Adelantado, en lo cual parece que no obró de acuerdo con sus deberes como hombre de previsión y de valor, ni como amigo y compañero de Alvarado, pues hasta que éste fué conducido á Atenguillo, llegó allí Oñate con sólo cuatro soldados, habiendo sabido en el camino lo que acababa de pasar, porque se lo refirieron algunos dispersos de los mismos de Alvarado.

Oñate fué á visitarlo inmediatamente y ambos capitanes se abrazaron con ternura, permaneciendo algunos instantes sin hablarse una palabra, pues tan honda era la pena y la emoción que los embargaba. Rompió Oñate el silencio diciendo á Don Pedro: "Señor Adelantado, al alma me llega que V. S. se haya puesto en tanto riesgo y en tal extremo de perder la vida, pues como hombre tan experimentado en la guerra, dije á V. S. no fuese á este castigo, por ser el tiempo contrario y favorable á los enemigos: y es muy diferente esta gente de la que V. S. ha conquistado," á lo que respondió Alvarado. "Ya es hecho todo, ¿qué remedio hay?" y lamentándose de no haber escuchado y puesto en práctica las observaciones de Oñate, suplicó que á la brevedad posible se le llevase á Guadalajara, porque se sentía gravemente enfermo y deseaba prepararse á morir recibiendo antes los auxilios espirituales.

Oñate dispuso todo á fin de que Don Pedro fuese conducido prontamente y con los cuidados necesarios, adelantándose el mismo Oñate á dar la noticia á Guadalajara y á hacer que saliese el Br. Bartolomé de Estrada á ministrar al moribundo los últimos consuelos de la religión. Todo esto se hizo con la mayor prontitud, saliendo dicho Br. acompañado de seis hombres de á caballo, y como los que conducían á Don Pedro habían caminado con urgente brevedad, el Br. le encontró ya á una legua de la población.

Mandó detener allí á la sombra de algunos árboles la camilla del Adelantado, y después de saludarlo afablemen-

te y de manifestarle que sentía mucho su desgracia, procedió á confesarlo, en cuyo acto se mostró Don Pedro devotamente arrepentido de sus culpas, derramando abundantes lágrimas. Pidió luego al Br. Estrada que no se apartase de su lado y así continuó la marcha hacia Guadalajara, reconciliándose de vez en cuando el penitente con el citado sacerdote.

El bravo capitán se sentía abatido en extremo; ya no latía su fogoso corazón á impulsos del estrépito del combate y la conquista; su espíritu estaba triste y anonadado; la cruel expectativa de la muerte, que se acercaba con pasos rápidos á cerrar las pupilas que pocas horas antes centelleaban altivas en medio de la lucha y la matanza, iba helando con pavorosa celeridad la sangre que circulaba en su cuerpo; en aquellos instantes el afamado guerrero quería morir, pero vistiendo el ropaje de la piedad y el arrepentimiento, más bien que ataviado con las brillantes preseas de la victoria. Tal vez recordaba en esos mismos instantes que un prolongado reguero de sangre y de cenizas marcaba su camino como conquistador ó como soldado; tal vez llegaban á sus oídos los lamentos lastimeros de Cacamatzin, Totoquiuhatzin y otros infortunados señores de Texcoco á quienes Alvarado mandó quemar el estómago con brea ardiente; sin duda escuchaba las justas maldiciones de aquellos 600 nobles á quienes pérfidamente despojó de sus ricos adornos en el Teocalli mayor de México, mandándolos asesinar de una manera íncua y salvaje; tal vez se levantaba ante sus ojos como un espectro aterrador y amenazante, aquella horrible hecatombe de patriotas aztecas, aquel cuadro lúgubre trazado con la sangre de esforzados guerreros, de agonizantes heridos, de angustiadas madres y de enflaquecidos niños, los días 12 y 13 de Agosto de 1521 en la gran Tenochtitlan. Quizás atravesaba por su turbada imaginación aquel torbellino espantoso de asesinatos, incendios y rapiñas que desolaron la fértil y populosa provincia de Guatemala¹ Estos y otros téticos recuerdos probablemente ocuparon el angustiado pensamiento del célebre capitán, en su violento y humillante regreso á la ciudad donde pocos días antes había

1 Destrucción de las Indias, las Casas, p. 121-23.

hecho ostentoso alarde de su valentía y buena estrella en los campos de batalla.

Pero dejemos llegar al moribundo capitán á donde la muerte le esperaba para acabar de un solo golpe la vida que hasta allí había sido invulnerable á las armas de millares de combatientes enemigos.

CAPITULO XVIII.

(1541.)

Llega Alvarado á Guadalajara. --- Hace testamento y nombra albaceas á Juan Alvarado y al Obispo de Guatemala. --- Muere el 4 de Julio de 1541. --- Su cadáver se depositó en una capilla, de donde después fué trasladado á Tiripitío, México y Guatemala. --- Malas condiciones de defensa de la ciudad de Guadalajara. --- Llega el capitán Muncibay con 50 hombres de á caballo. --- Sublevación de varias tribus indígenas capitaneadas por *Tenamaxtle*. --- Provision real para que solo fueran considerados como esclavos los indios adultos. --- Algunos vecinos de Guadalajara objetan esa provisión. --- Conducta de los religiosos franciscanos que acompañaban á los conquistadores. --- El P. Fr. Antonio de Segovia.

Llegó á Guadalajara el Adelantado el día 26 de Junio y salieron á recibirle muchas personas á los suburbios, mostrándole sus simpatías y sentimientos de dolor. Se le alojó en la casa de su sobrino político Juan del Camino, donde fué atendido con todos los cuidados posibles; pero como la enfermedad se iba agravando cada día, procuró disponer su alma recibiendo los últimos auxilios de la religión y en seguida hizo testamento ante el notario público Diego Hurtado de Mendoza y los testigos Luis de Castilla, Fernan Flores, Francisco Cuéllar Alonso Lujan y Juan Méndez Sotomayor, encargando que al morir, su cuerpo fuera depositado en la Iglesia de Guadalajara y que después se trasladase al convento de Agustinos de Tiripitío, para que de allí se llevara á México, y que los gastos del entierro se hicieran con el producto de los bienes que dejaba en Guadalajara ó en México.

Al mismo tiempo nombró por albaceas á D. Francisco Marloquín ó Mayorquín, Obispo de Guatemala y á Juan de Alvarado de la ciudad de México.

Antes de morir ordenó á sus soldados que no desampararan la ciudad ni otros puntos donde había dejado destaca-